

zas de los otros: no nos toca á nosotros decidir esa competencia: sus enemigos le achacan errores. ¿Quién dejará de tenerlos? Cuando ese hombre célebre se habrá desprendido del tumulto de las opiniones y de la penosa tarea de una vida consagrada á la cosa pública, entonces se le hará justicia; mas sea el que quiera el fallo de la posteridad, los desgraciados que vivían en aquellos tiempos que indudablemente compondrán el número mayor, no podrán menos de decir: «Ese orador empleó su elocuencia en favor de nuestros hermanos de aquellos tiempos y los amó.»

Al hablar Mr. Pitt en la Cámara baja no puede uno menos de recordar la comparación que hace Homero de la elocuencia de Ulises con los copos de nieve, cayendo silenciosamente de la nube. Conmovida, animada á la voz del representante de la oposición la asamblea vacila entre la incertidumbre y la duda: levántase el canciller del *echiquier*, y su lógica expresada con gracia y fluidez apaga un ardor inútil, siempre peligroso á los legisladores; cada cual se siente admirado al ver que sus pasiones se enfrían, el prestigio de la sensación se disipa y nada queda en el fondo del alma mas que la verdad.

Colocado Mr. Pitt al frente de una gran nación debe tener por enemigos á los hombres que envidian su elevado rango y aquellos cuyas opiniones combaten. El texto de las reclamaciones contra el ministro británico es la guerra funesta en que la Europa se halla envuelta en estos momentos. Con frecuencia se han discutido los principios respecto del modo de sostenerla, y la injusticia de las recriminaciones que sobre ese particular se han hecho al canciller es cosa que debe llamar la atención de los ánimos mas prevenidos. ¿Quiéren que sirvan de modelo para las hostilidades del tiempo presente los combates regulares que se daban en las épocas pasadas? ¿A dónde van á parar esas mezquinas inteligencias que calculan importunamente lo que se debe hacer por lo que se ha hecho; que no ven en la lucha actual mas que batallas perdidas ó ganadas, en lugar de ver el Genio de la Francia agonizando en las convulsiones de una crisis producida por la fuerza de las cosas; despedazando como el Hércules de Oeta á los que su atrevimiento le arrojan; lanzando sus miembros ensangrentados sobre las llanuras llenas de cadáveres de Italia y Flandes y á punto de convertir contra sí mismo sus sacrilegas manos? Podría suponerse que existen épocas desconocidas; pero regulares en las que se renueva la faz del mundo. Tenemos la desgracia de haber nacido en una de esas grandes revoluciones: cualquiera que sea el resultado que para el porvenir nazca de semejante crisis, lo cierto es que la generación presente se halla perdida, así como lo estuvieron también las del quinto y sexto siglo, cuando todos los pueblos de Europa se desbordaron como rios que salen súbitamente de su cauce. ¿Quién cometerá el absurdo de exigir que Pitt pueda vencer con medidas ordinarias la fatalidad de los sucesos? Hay circunstancias en que los talentos son casi enteramente inútiles: póngase al frente de la situación el mejor ministro, un Jimenez, un Richelieu, un J. de Witt, un Chatham, un Kaunitz, y vereis como se desprestigia, y por decirlo así desaparece bajo el peso de las cosas y de los tiempos actuales. No se trata ya de maquinaciones oscuras, ó culpables de algunos gabinetes intrigantes, ni se disputa por una porción de terreno en los desiertos de América; en la actualidad son las irresistibles masas de las naciones las que se lanzan y chocan mutuamente á merced de la suerte. No hay nación que no presente guerras en lo exterior, facciones intestinas, mala inteligencia en todas partes y enemigos cuyas opiniones no causan menos estragos que sus armas; el mundo presenta un conjunto de pueblos corrompidos, cortes viciosas, recursos agotados, y gobiernos oscilantes; por mi parte no puedo menos de confesar mi admiración al ver como

en medio de tal desorden puede Mr. Pitt sostener en sus hombros, como otro Atlante la bóveda de un mundo que se desploma (1) (a).

CAPITULO XXXV.

CONTINUACION DEL PARALELO ENTRE CARTAGO É INGLATERRA.—LA GUERRA A EL COMERCIO.—ANIBAL, MALBOROUGH.—HANNON, COOK; TRADUCCION DEL VIAJE DEL PRIMERO, EXTRACTO DEL VERIFICADO POR EL SEGUNDO.

No nos falta mas que considerar Cartago é Inglaterra bajo el punto de vista guerrero y mercantil.

He hablado ya algo acerca de este interesante asunto. Añadiremos que por un singular capricho de la fortuna, ni la nación rival de Roma ni la de Francia no han tenido cada una mas que un gran general, á saber: la primera Annibal, la segunda Malborough (2). Un paralelo no interrumpido entre los dos ilustres capitanes, nos alejaria demasiado de nuestro propósito: por lo tanto, nos contentaremos con hacer observar que habiendo sido ambos empleados contra el antiguo enemigo de su patria, lo redujeron al último apuro (3) y estuvieron á punto de entrar triunfando en la capital de su imperio; que el uno y el otro general han sido criticados del mismo defecto; la avaricia; y que al regresar á su patria no encontraron mas recompensa que la ingratitud.

Habiendo ya descrito la extensión del comercio de ambos países, me limitaré á citar un hecho poco sabido, y es que Cartago fue la única potencia marítima de la antigüedad, que imaginó dar, como la Inglaterra, leyes prohibitivas á sus colonias, viéndose estas por lo tanto obligadas á proveerse de lo necesario en los mercados de la madre patria, y privadas de poderse dedicar al cultivo de este ó aquel ramo de industria. Por ese rasgo puede juzgarse cómo entendió aquel pueblo africano la verdadera índole del comercio y las especulaciones del fisco; también podrían encontrarse tal vez en esta razon las turbulencias que incesantemente agitaron á las colonias púnicas.

(1) Estas palabras me ponen en la precisión de manifestar que no soy apologista de la guerra, ni de Mr. Pitt, á quien no conozco, ni probablemente conoceré. Siguiendo mi natural inclinación, expreso atrevidamente mi parecer á despecho de la fortuna y de las acciones; por esa razon habló del canciller con la misma franqueza que de otro cualquier hombre, desentendiéndome de las declamaciones de los periódicos, así como de las groserías que los Franceses vomitan contra él. Séame lícito formular mi opinión á mi modo en tanto que no haya pruebas que la destruyan. Si no hubiera encontrado en Mr. Pitt esas condiciones que alabo, habria expresado sus defectos con la misma espontaneidad. Téngase entendido que al hablar así, creo honrar al hombre de Estado á quien me refiero y á mí mismo: si mis palabras llegaran á ofenderle en tal caso confesaré que me he engañado.

(a) En este capítulo andan muy exagerados los elogios; pero eran un tributo muy natural de gratitud, que yo pagaba á la hospitalidad. Por otra parte hay cosas muy ciertas en lo relativo á la diferencia que habia entre la guerra de la revolución y las que la habian precedido. Aun me siento animado de la independencia de carácter que manifesté al escribir la nota anterior: nunca se decide mi opinión por las personas sino por sus hechos. Mi franqueza con Mr. Pitt es sincera, mas no deja de ser ridícula. Es probable que el ministro de Inglaterra no llegará á leer nunca la oscura obra de un oscuro emigrado. (N. ED.)

(2) No faltaron otros ilustres generales, pero su gloria queda confundida en la de estos dos.

(3) En este siglo imparcial no se juzga ya de Malborough con tanto entusiasmo, como en tiempo de nuestros padres. Es indudable que nunca tuvo que habérselas sino con malos generales, y que casi siempre maniobró en union con el príncipe Eugenio. La única vez que tuvo que combatir contra un gran capitán (en Malplaquet), perdió veinte y dos mil hombres. En la toma de Silay de Vendome estaba subordinado al duque de Borgoña. Anibal venció á los Fabios y á los Escipiones, etc.

Si dos gobiernos se entregan á las mismas especulaciones sugeridas por idénticos motivos, bien puede inferirse que se hallan animados casi de una misma índole, y esto es precisamente lo que vemos en el antiguo gobierno de Cartago y en el de Inglaterra. Vamos á dar cuenta de los dos viajes emprendidos por estas dos naciones para extender su comercio: el primero mandado hacer en una época que no nos es exactamente conocida por el senado de Cartago (1) y el segundo llevado á cabo en nuestros dias á expensas de la liberalidad de un rey de la Gran Bretaña. Hannon que fue el caudillo de la expedición cartaginesa, debió entrar en el Océano por el estrecho de Cádiz, descubrir regiones desconocidas, dando la vuelta de Africa, y establecer colonias donde mejor le pareciera. Cuando se considera que sin el auxilio de la brújula, sin un completo conocimiento de las estrellas hubieran debido con sus débiles naves, impedidas las mas de las veces á fuerza de remos, aventurarse á las tempestades del cabo de Buena Esperanza, límite respetado durante mucho tiempo por los navegantes modernos, no puede uno menos de admirar el intrépido genio que hacia acometer á los cartagineses empresas de tal consideración. Hannon regresó á su patria sin haber conseguido enteramente el objeto, y publicó una relacion de su viaje que habiendo sido posteriormente traducida al griego, ha podido llegar hasta nosotros. La brevedad y el interés del único monumento (2) de literatura púnica que se ha salvado de los azares del tiempo, me han incitado á trasladarlo íntegramente. A continuación copiaremos uno de los pasajes mas interesantes del viaje de Cook, que como todo el mundo sabe se empleó en descubrir el paso del mar del Sur al Atlántico por los mares septentrionales de América y Asia (a).

VIAJE POR MAR Y TIERRA MAS ALLÁ DE LAS COLUMNAS DE HÉRCULES, HECHO POR HANNON, REY DE LOS CARTAGINESES, QUE A SU REGRESO ARCHIVÓ EN EL TEMPLO DE SATURNO LA RELACION SIGUIENTE.

Habiéndome el pueblo de Cartago mandado hacer un viaje mas allá de las *Columnas de Hércules* para establecer poblaciones libico-fenicias, me hice al mar con una flota de sesenta buques de cincuenta remos, llevando á bordo gran cantidad de víveres, vestidos y cerca de treinta mil personas entre hombres y mujeres.

A los dos dias de habernos hecho á la vela pasamos el estrecho de Cádiz, y al dia siguiente tocamos en la costa de Africa, dejando una colonia que denominamos *Thymiaterium*, en un punto á cuyo alrededor se extiende una vasta llanura. Desde allí navegamos al Oeste, doblamos el cabo Solocto sobre la costa de Libia, que es un promontorio cubierto de árboles, y edificamos un templo á Neptuno.

Dirigiendo el rumbo á Oriente, despues de medio dia de navegacion llegamos á poca distancia del mar (3) á la altura de un lago cubierto de gruesas ca-

(1) No falta quien dice que este viaje no es de Hannon, á quien generalmente se atribuye, y que debió vivir en tiempo de la expedición de Agatocles al Africa. Unos suponen que el autor de esa relacion debió ser contemporáneo de Anibal, y otros le colocan en un siglo mas inmediato á la revolución de la Grecia de que estamos hablando: eso importa poco al lector.

(2) También en Plauto se conserva una escena escrita en idioma púnico y fragmentos de una obra de agricultura traducida al latin.

(a) No puedo menos de pedir mil perdones por este capítulo consagrado á la memoria de Anibal. En esta ocasion sirven las notas para cubrir los defectos del original. ¿Qué tendrán que ver con este libro el Periplo de Hannon, ni los viajes de Cook? Tómelos el lector como un asunto divertido, y olvídense por un instante del plan del *Ensayo histórico*. (N. ED.)

(3) Aquí se presenta una dificultad en el texto griego. Por de pronto parece que Hannon remontó el curso de algun rio,

ñas, y en su orilla vimos elefantes y otras muchas fieras. A distancia de un dia de navegacion de ese lago fundamos varias poblaciones marítimas: Cytte, Acra, Nelisa, etc.

Durante nuestra estancia avanzamos hasta el gran rio Lixa, que sale de la Libia, no lejos de los Nómadas, y vimos los Lixios, que se ocupan en criar rebaños; permanecí algun tiempo entre ellos é hicimos un tratado de alianza.

Mas allá de esos pueblos habitan los etíopes; nacion inhospitalaria poblada de fieras y atravesada de montes, en los cuales se dice que tenia nacimiento el rio Lixa. Los Lixios nos contaron que aquellos montes son visitados con bastante frecuencia por los Trogloditas, hombres de extraña forma y mas veloces que los caballos. En seguida hice, acompañado de intérpretes, dos jornadas hácia el Mediodía en el desierto.

A mi regreso mandé levar áncoras y corrimos por espacio de veinte y cuatro horas hácia el Este. En el fondo de una bahía encontramos una isla de cinco estadios de circunferencia, á la cual dimos el nombre de *Cernes*, dejando en ella algunos moradores. Examiné mi diario y ví que Cernes debia estar situada en la costa opuesta á Cartago, siendo la distancia de esta isla á las Columnas de Hércules, la misma que desde estas á Cartago.

Volvimos á seguir nuestro rumbo y despues de haber atravesado un rio llamado *Chreles*, entramos en un lago donde se forman tres islas mas considerables que la de Cernes. Empleamos un dia en llegar desde esas islas al fondo del lago. La circunferencia de este se halla rodeada de elevadas montañas, desde las cuales unos hombres cubiertos de pieles nos recibieron á pedradas. Navegando por las orillas de este lago, descubrimos un rio de ancha embocadura cubierto de cocodrilos y caballos marinos. Desde aquí viramos de bordo y regresamos á Cernes, y dirigiendo la proa al Sur, costeamos por espacio de doce dias una playa habitada de etíopes que al parecer nos contemplaban aterrados, hablando un idioma desconocido hasta para nuestros intérpretes.

A los doce dias descubrimos altas montañas cubiertas de bosques, cuyos árboles de diversas especies exhalaban aromas. Despues de haber doblado esas montañas, en dos dias de navegacion entramos en un mar inmenso. En los sitios próximos al continente se elevaba una especie de campo, de donde durante la noche veíamos salir por intervalos llamas de mayor ó menor dimension. Como algunos de nuestros buques hacían agua, nos ceñimos á la costa por espacio de cuatro dias y luego bordeamos un gran golfo que nuestros intérpretes llamaban *Hesperum Ceras* (cuerno de la noche). Allí encontramos situada una isla de una latitud considerable: su interior está ocupado por un lago salino, en cuyo centro se ha formado un islote. Navegamos á lo largo del terreno; pero no vimos mas que un bosque. Durante la noche veíamos fuegos y oíamos pifanos, tambores y el rumor de un pueblo inmenso.

Poséidos de espanto, y habiendo nuestros augures dado la orden de abandonar aquella isla, nos largamos al mar y costeamos la tierra de fuego de *Thymiaterium*, cuyos inflamados torrentes desembocan en el mar. Tan caldeado estaba aquel terreno, que no era posible fijar en él las plantas. Doblamos con cuanta velocidad nos fue posible el Cabo á lo largo, y á la noche del cuarto dia nos vimos á la altura de un país cubierto de llamas, en medio de las cuales se elevaba un cono de fuego que al parecer iba á perderse en las nubes. Al dia siguiente conocimos que el cono era una elevada montaña llamada *Lheon Ochema*.

Despues de haber costeadado esas regiones del fuego

y en seguida le encontramos fundando poblaciones marítimas. Yo me he atenido al sentido mas probable.

entramos á los tres dias de navegacion en el golfo *Notu Ceras* (1) (cuerno del Oriente), en cuyo fondo está situada una isla con un lago y un islote semejante al que anteriormente hemos descrito. Habiendo tocado en ella la encontramos habitada de salvajes, siendo el número de mujeres que vimos infinitamente superior al de los varones: reparamos tambien que todo su cuerpo estaba cubierto de vello. Nuestros intérpretes les daban el nombre de *Gorillas*. En vano corrimos detrás de ellas: huían salvando precipicios con asombrosa agilidad y sin dejar de tirarnos piedras. Sin embargo, conseguimos apoderarnos de tres, y las tuvimos que matar para que no nos despedazaran, pero hemos conservado su piel. Habiendo empezado á escasear los víveres nos vimos en la precision de dirigir nuestro rumbo hacia Cartago.

Cook no existe ya: el gran navegante ha perecido en las islas de Sandwich que acababa de descubrir. Sus buques, mandados por los capitanes Clertie y Gore, están esperando viento favorable para hacerse á la vela, y en tanto el teniente de la fragata llamada *La Resolution*, hace á vista de tierra la descripción siguiente:

«Los habitantes de las islas de *Sandwich* son indudablemente de la misma raza de los de la Nueva Zelandia, de las islas de la *Sociedad* y de los *Amigos*, de *Pascuas* y de las *Marquesas*, raza que ocupa, sin mezcla de otra alguna, todas las tierras comprendidas entre los 47 grados de latitud Norte y 20 grados de latitud Sur y entre los 184 y 260 grados de longitud oriental. Este hecho, por extraordinario que parezca, está bastante demostrado por la analogía que existe entre los usos y costumbres de esos diversos pueblos, por la semejanza general de sus facciones, y sobre todo por la identidad absoluta de sus idiomas.

La estatura de los habitantes de las islas de *Sandwich* no pasa por lo general de un término medio, y sus miembros son bien proporcionados, cuya circunstancia les da cierta gracia al andar y velocidad en la carrera: pueden asimismo soportar grandes fatigas. Son sin embargo algo inferiores por lo relativo á fuerzas y actividad á los habitantes de las islas de los *Amigos*, y sus mujeres no tienen las facciones tan delicadas como las de *O-taiti*, ni el cutis tan claro, ni tanta dulzura de expresion. Sin embargo muchos individuos de ambos sexos presentan una fisonomía agradable y franca, y las mujeres en particular tienen hermosos ojos, buena dentadura, y un atractivo en la mirada que predispone mucho en su favor. Sus cabellos son por lo regular de un color negro castaño, y no son generalmente lisos como los de los Salvajes de *América*, ni crespos como los de los negros de *Africa*.

En el diario á que nos referimos se habla mucho de la hospitalidad, y buena acogida que nos dispensaron esos isleños; así fue en efecto: siempre nos recibieron con la mayor amabilidad. Cuando bajamos á tierra se disputaron entre sí la dicha de ser los primeros en ofrecernos regalos, condimentar nuestros víveres y dispensarnos otras señales de respeto. Los ancianos nunca nos contemplaban sin derramar lágrimas de alegría, y al parecer tenían la mayor satisfacción cuando les concedíamos el permiso de tocarnos, de lo cual resultaba que hacían comparaciones entre ellos y nosotros que revelaban mucha modestia por su parte. No nos manifestaron menos obsequiosa solicitud las jóvenes; uniéronse á nosotros sin reserva, hasta el momento en que comprendieron cuanto tendrían que arrepentirse de nuestra intimidad.

(1) Créese que esta isla, término de la navegacion de los cartagineses, es la isla de Santa Ana.

«Diferéncianse estos isleños de Sandwich de los de las islas de los *Amigos* en que se dejan crecer toda la barba, aunque tambien es cierto que vimos unos pocos y en particular el rey que la llevaban cortada, y otros que no se dejaban nada mas que la que cubre el labio superior. Su modo de arreglarse el cabello es tan variado como el de los demás isleños de la mar del Sur; pero tambien se distinguen por una moda que en nuestro concepto es enteramente peculiar suya. Consiste esta en rasurar la cabeza por los lados hasta la oreja, de manera que solo queda en el centro del cráneo, desde la frente á la nuca, una zona de cabello como cuatro dedos de ancha, que se parece á la cimera de los cascos que antiguamente se usaban. Tambien hay algunos individuos que se adornan con trenzas postizas que flotan en anchos bucles por su espalda, como puede verse en los retratos de los habitantes de la isla de *Horn* en la coleccion de Mr. Dalrymple: otros arreglan su cabellera de manera que forma un solo copete redondo en el vértice de la cabeza, y tan ancho como toda ella, y finalmente otros la reparten en cinco ó seis moños. Dan lustre á sus cabellos y algunas veces un color amarillo pálido, frotándolos con una pasta compuesta de arcilla gris y polvos de conchas de mariscos.

«Una sola tira de cierta tela gruesa, de diez á doce pulgadas de ancho, que pasando entre los muslos se anuda en la cintura, constituye en general el traje de los hombres de todas condiciones y es conocida entre ellos con el nombre de *Maro*. Tejen ciertas esteras, de las cuales hay algunas muy hermosas y de diverso tamaño, aunque por lo general no tienen mas que cinco piés de largo y cuatro de ancho. Con estas suelen cubrirse la espalda, ajustándolas al cuerpo particularmente en tiempo de guerra que es cuando por lo regular las usan como una especie de escudo capaz de embotar la accion de una pedrada ó de una arma que no esté afilada. Por lo general van con los piés descalzos, mas cuando conviene los cubren con una especie de sandalias tejidas con hilos de coco.

«El vestido comun de las mujeres es muy parecido al que acabamos de describir: su cintura queda envuelta en una faja que cae hasta medio muslo, y algunas veces durante la noche se nos presentaron con hermosas telas flotando sobre la espalda á manera de las mujeres de *O-taiti*. Hemos visto tambien algunas jóvenes con otro traje llamado *Pau*, y que consiste en una pieza de tela fina y ligera, que dando varias vueltas alrededor del talle cae hasta media pierna, y se parece exactamente á una saya corta. Las mujeres cortan su cabellera por la parte posterior de la cabeza y atusan lo restante sobre la frente como las otahitianas y las de la Nueva-Zelandia, diferenciándose en este particular de las isleñas de los *Amigos*, que dejan crecer toda su cabellera. En la bahía de *Karakakooa*, vimos una mujer, cuyo cabello estaba arreglado de un modo verdaderamente singular, y formaba una especie de pequeño gorro.

«Puede creerse que estos isleños pasan su vida de un modo muy sencillo y variado. Levántanse al salir el sol y despues de haber gozado la frescura de la mañana, descansan algunas horas. Los hombres que se ocupan en la construccion de piraguas y en el tejido de esteras son los llamados *Erees*: los *Towtows* tienen particularmente á su cargo el cuidado de las plantaciones y la pesca, y las mujeres se dedican al tejido de telas. En sus horas de descanso suelen entregarse á varias distracciones. La juventud de ambos sexos es ardentemente apasionada al baile, y en ciertos dias señalados tienen combates de lucha y pugilato muy inferiores á los de las islas de los *Amigos*, como ya lo hemos dicho anteriormente.

«Es indudable que los naturales de estas islas están divididos en tres categorías. Los *Erees*, ó gefes de algun distrito componen la primera, y reconocen un superior á quien le dan el nombre de *Whyhee, Eree-Taboo* y *Eree Moe*: la primera de estas denominaciones denota una autoridad absoluta, y la segunda indica que todo el mundo está obligado á prosternarse ante él, ó segun la significacion genuina de la palabra que significa *acostarse para dormir en su presencia*. La segunda categoría se compone de los propietarios que no ejercen ningun poder. Los *Towtows*, ó criados que ni son propietarios ni tienen autoridad componen la tercera. Tambien parece indudable que el gobierno (*monárquico*) es hereditario.

«El poder de los *Erees* sobre las clases inferiores nos ha parecido muy absoluto. Algunos hechos que hemos referido ya, nos demostraron esta verdad mientras estuvimos fondeados en aquellas aguas. El pueblo por otra parte manifiesta la sumision mas completa, y semejante estado de esclavitud contribuye de una manera sensible á degradar el espíritu y el cuerpo de los vasallos. Sin embargo es preciso confesar que los gefes nunca nos dieron ocasion de poderlos acusar de crueldad, de injusticia, ni aun de insolencia respecto de sus vasallos; pero no faltaron ocasiones en que les vimos ejercer entre sí la autoridad del modo mas arrogante y opresivo. Citaré dos ejemplos.

«Un gefe subalterno acogió con mucha urbanidad al contramaestre de nuestro buque, que habia ido á reconocer la bahía de *Karakakooa* el dia antes que llegara el buque *Resolution*; queriéndole manifestar nuestro agradecimiento, le hice de allí á unos dias pasar á bordo y se lo presenté al capitan Cook, que le convidó á comer con nosotros. A poco rato entró otro gefe isleño llamado *Pareea*, y al ver tan honrado á su compatriota, dió rienda á la mas violenta indignacion. Cogiolo en el acto por los cabellos, é iba á arrastrarle fuera del camarote: interpuso nuestro capitan su autoridad, y despues de muchos altercados todo lo mas que pudimos conseguir sin exasperar á *Pareea*, fue que nuestro convidado se sentara en tierra y el agresor ocupara su puesto en la mesa. No tardó *Pareea* en recibir su merecido, pues habiéndolo visto *Maiha-Maiha* la primera vez que vino á bordo de la *Resolution* acompañando á *Terrecoboo*, lo trató del modo mas ignominioso, y sin embargo nosotros estábamos seguros de que *Pareea* era un personaje de importancia.

La religion de los naturales de Sandwich es muy parecida á la de los isleños de la *Sociedad* y de los *Amigos*: Los *Morais*, los *Wallas*, los ídolos, los sacrificios y los himnos sagrados son los mismos en los tres grupos, y parece no poderse dudar que las tres tribus han tomado sus ideas religiosas de una misma fuente. Es cierto que las ceremonias religiosas de las islas de Sandwich son mas largas y numerosas, y que á pesar de encontrarse en todas las tierras marítimas del Sur una clase de hombres encargada de los ritos religiosos, no habíamos visto en ninguna parte sociedad de sacerdotes reunidos, hasta que descubrimos los claustros de *Kakooa* en la bahía de *Karakakooa*. El gefe de aquella corporacion se llamaba *Orano*, denominacion que en nuestro concepto debe expresar alguna dignidad muy sagrada, y era causa de que se tributaran á la persona de *Omeeah* homenajes que casi rayaban en adoracion. Es verosímil que solo ciertas familias gozan el privilegio de entrar en la carrera del sacerdocio, ó por lo menos que solo algunas pueden llegar á ejercer sus principales funciones. *Omeeah* era hijo de *Kavo* y tío de *Kaireckea*: este último presidia en ausencia de su abuelo en todas las ceremonias religiosas del *Morai*. Tambien reparamos que no de-

jaban presentarse nunca en público al hijo único de *Omeeah*, que era un niño de cinco años, sin rodearlo de una numerosa comitiva, y sin prodigarle las mayores atenciones. De esto inferimos que empleaban el mayor cuidado en la conservacion de sus dias, y que probablemente sucederia á su padre en la dignidad (1).

Inútil será citar mas palabras para demostrar la diferencia de los tiempos en que se verificaron los viajes cuyos textos acabamos de comparar. Nada demuestra mejor el espíritu y las luces del siglo, el carácter de los antiguos, sobre todo de los cartagineses, que el diario de *Hannon*.

En cada línea de aquel documento se revelan la ignorancia de la naturaleza y de la geografia, la supersticion y la credulidad. No puede menos de echarse de ver en todas partes la barbarie de los marinos cartagineses. Aunque las mujeres velludas de que se hace mencion en dicho diario, no serian probablemente mas que una especie de monas, bastaba que el almirante africano hubiese creído que pertenecian á la especie humana para que resaltara su atrocidad de haberla mandado matar. ¡Qué diferencia entre aquel conjunto de crueldades y de fábulas y la relacion del capitan Cook buscando tierras desconocidas, no para engañar á los hombres, sino para ilustrarlos; llevando á los pobres salvajes las comodidades de la vida; asegurando la tranquilidad y el bienestar en sus afortunadas regiones á aquellos hijos de la naturaleza; sembrando entre los hielos australes frutos de otros países mas templados; cuidando del porvenir del miserable naufrago que la tempestad arroja en lo sucesivo sobre aquellas tierras desoladas, é imitando con tan noble conducta la providencia que se anticipa y da consuelo á las miserias de los hombres! ¡Qué diferencia, volvemos á decir, entre el navegante púnico suspendiendo el curso de su navegacion, retrocediendo ante el fantasma de su supersticion ó de su crasa ignorancia, y el buen Cook midiendo paso á paso, permitiéndonos la expresion, la circunferencia del globo, y conociendo la extension que le dieron las manos del Supremo Hacedor!

Mas al hacer notoria esa diferencia, no podemos menos de confesar que si bien nuestros adelantos son palpables bajo el punto de vista de las ciencias, hemos perdido mucho campo en el terreno de la imaginacion. Complacianse los antiguos en dejar correr su espíritu por espacios que no conocian límites; pero nuestra alma no puede salvar el reducido espacio en que la encarcelan sus propios conocimientos. ¡Qué hombre sensible no se habrá alguna vez encontrado como comprimido en la breve circunferencia de algunos millones de leguas? Cuando yo en el interior del Canadá subia á la cima de alguna alta montaña, dirigia la vista constantemente al Oeste sobre los impenetrables desiertos que se extienden en esa longitudinal. Cuando fijaba mi vista en el Oriente, la imaginacion tropezaba al momento con el Atlántico y los países que habia recorrido, y se desvanecia toda mi placida ilusion. Por el lado opuesto me sucedia lo mismo; pues la mente recorria en un instante la mar del Sur: de aquí volaba al Asia, de allí á Europa, y de Europa á... Yo hubiera querido poder decir como los griegos. «Mas allá, mas allá! ¡la tierra desconocida! ¡la tierra inmensa! Todo está perfectamente equilibrado en la naturaleza. Si hubiera tenido que escoger entre la ilustracion de Cook y la ignorancia de *Hannon*, creo que tal vez habria tenido la debilidad de decidirme por la última.

CAPITULO XXXVI.

INFLUENCIA DE LA REVOLUCION GRIEGA EN CARTAGO.

Hallábase Cartago al establecerse las repúblicas

(1) Tercer viaje de Cook, tom. iv, cap. vii-viii, p. 61, 112.

griegas en la misma situación respecto de estas que la Inglaterra con relación á la Francia actual. Teniendo poco mas ó menos la misma constitucion, las mismas riquezas y el mismo espíritu guerrero y mercantil que la gran Bretaña, separada como esta del país insurreccionado por el mar, siendo tan libre ó mas que ese mismo país, estaba á cubierto de la influencia militar de Esparta y Atenas por la superioridad de sus buques, y del contagio de sus opiniones políticas por la excelencia de su propio gobierno. Las naciones marítimas tienen la inapreciable ventaja de estar menos expuestas que los pueblos agrícolas á la acción de los movimientos de otros países. Además de la barrera natural que les defiende de toda fuerza invasiva, la parte sobrante de su población puede, si habitan en una isla ó en una region separada del continente, hallar fácil salida sin tener que permanecer estancada en un estado de fermentacion en lo interior del país. Los demás ciudadanos hallan medio de ocupar su actividad en el comercio nacional sin tener que tomar parte en cabildaciones políticas. Donde los brazos tienen ocupacion, el espíritu está en reposo.

Al caer los Pisistrátidas, Cartago estaba aun al frente del imperio de los mares y del tráfico del mundo entero establecido sobre las ruinas del comercio de Tyro, así como la Inglaterra de nuestros tiempos sobre las ruinas del de Holanda. Por otra no menos rara coincidencia, creyó tambien Cartago deber tomar parte activa contra la revolucion griega y favorecer la monarquía. Jerjes, que aparentando restablecer á Hippias en el trono, meditaba la conquista del Atica y del Peloponeso, comprometió á los cartagineses á que atacaran á un mismo tiempo las colonias griegas de Sicilia (1). Amilcar al frente de un ejército de mas de trescientos mil hombres y una numerosa escuadra, puso sitio á Himera (2). Gelon vino corriendo desde Siracusa á defender la plaza con cincuenta mil ciudadanos, cayó sobre el general africano, destruyó completamente su ejército y le obligó á arrojarle en una hoguera que estaba dispuesta para hacer un sacrificio (3).

El entusiasmo en la victoria y el desaliento en las desgracias es uno de los rasgos característicos que los soberanos de los mares en otros tiempos tienen de comun con los señores actuales del Océano (4). ¿Cuántas veces durante las presentes hostilidades, si no hubiera estado sostenida por la varonil firmeza de sus ministros, habria la Inglaterra ido á echarse á los pies de su rival?

No bien llegó á Cartago la noticia de la destruccion del ejército, cuando todo el pueblo cayó en la desesperacion y trató de comprar la paz á toda costa. Con este objeto enviaron humildes diputaciones á Gelon, que se mostró digno de la victoria por la moderacion con que trató á los vencidos, exigiendo únicamente que le pagaran los gastos de la guerra, cuyo total no ascendió á mas de dos mil talentos (5).

Así se terminó para los Cartagineses aquella guerra tan funesta á todos los aliados, que tambien presentó la circunstancia de haber ido cesando poco á poco como la guerra actual por medio de la paz forzosa y parcial de distintos coaligados (6). Desde el tratado de Africa y Grecia vivieron ambos países en buena inteligencia; y hallándose el influjo de la revolucion

(1) Diod., lib. xi, p. 1.

(2) *Id.*, *Ibid.*, p. 16 y 22.

(3) HERODOT., lib. vii, p. 167.

(4) HUME S., *Hist. of England.*, etc. etc.

(5) Diez millones ochocientos mil francos, suponiendo que los talentos fuesen áticos, y doce millones seiscientos mil idem, si se habian contado, como es muy probable, en moneda de Oriente. No sabemos á punto fijo el valor del talento púnico.

(6) Hablaremos de esto en el cuadro general de la guerra médica.

republicana detenido por las causas que he indicado, no produjo por lo tocante á Cartago mas que la calamidad pasajera terminada por la magnanimidad de Gelon (a).

CAPITULO XXXVII.

IBERIA.

En la orilla del estrecho de Cádiz opuesta á las posesiones africanas de Cartago, existía una region llamada Iberia, cuya historia durante el período á que nos referimos, es aun poco conocida, aunque se sabe que el país estaba habitado por varios pueblos, celtas de origen, de los cuales unos se distinguían por su denuedo y por su desprecio de la vida, en tanto que los otros llenos de inocencia eran reputados por los mas justos de los hombres (7). Desgraciadamente en las arenas de sus rios iba envuelto un metal que despertó la codicia de otros pueblos.

Los tirios para apoderarse de ese metal engañaron por de pronto á los iberos: con no menor perfidia consiguieron imponerles su yugo los cartagineses, forzándoles á trabajar en las minas que no pocas veces les servian de sepultura estando aun vivos. Si este libro llegara á atravesar los mares y viniera á parar á manos de algun indio sepultado bajo los montes del

(a) El vicio radical de todos estos paralelos, dejando á parte las extravagancias que resultan de ellos, consiste en suponer que la sociedad de aquel tiempo era parecida á la actual, siendo así que no puede darse una cosa mas distinta.

Las relaciones que mediaban entre los pueblos eran escasísimas, y cada nacion vivía aislada ó ignoraba absolutamente lo que pasaba en el reino vecino. Comparar la caída de los Pisistrátidas en Atenas (que en realidad no eran mas que unos usurpadores de la autoridad popular), con la caída de los Borbones en Francia; investigar trabajosamente cuál pudo ser la influencia republicana de la Grecia sobre el Egipto, Cartago, Iberia, Escitia y la Gran Grecia, y tratar de encontrar relaciones entre la influencia de aquella revolucion y la de nuestros dias sobre los diversos gobiernos de Europa, es desconocer absolutamente la historia, ó mejor dicho, es falsearla del todo. Muy dudoso es que la Escitia, el Egipto, ni aun el mismo Cartago, hubieran oído hablar nunca de Hippias, y si este último pueblo atacó las colonias griegas por instigacion del rey de Persia, no debe considerarse mas que como uno de esos actos aislados, como resultado de la ambicion de un particular que en todos tiempos ha servido de pretexto á un pueblo para aprovecharse de las desgracias de otro.

No se hallaba tan adelantada la sociedad en aquellos tiempos remotos, para que las ideas políticas pudiesen convertirse en causa de un movimiento general. Viéronse algunas guerras religiosas, pero aun esas mismas fueron raras, y no pudieron pasar de ciertos limites. La antigüedad no llevó á cabo grandes revoluciones, sino por el espíritu de conquista: los persas, los griegos y los romanos no dilataron sus imperios sino por medio de las armas; la fuerza física, y no la moral era la que entonces dominaba. Cuando esta fuerza pasó, no quedó de los dominadores mas que algun monumento artístico, alguna ley civil, alguna ordenanza municipal, alguna regla de administracion, pero ni una sola idea política.

Roma era ya formidable, y estaba á punto de echar su mano sobre el Oriente, cuando los griegos apenas conocian la existencia de semejante pueblo, ni tenian noticia de las revoluciones ni de las leyes, de los enemigos que iban á invadir su territorio, y á pesar de eso, yo supongo que una pequeña revolucion consumada en la reducida ciudad de Temistocles, cuando toda la humanidad estaba aun medio sumergida en la barbarie, supongo que esa revolucion comunicó movimiento á todo el universo.

En los tiempos modernos el rechazo de las revoluciones ha sido mas ó menos fuerte, segun el grado de civilizacion de la época en que dichas revoluciones estallaron.

Nada hay exacto en los paralelos que he tratado de establecer, ni de esas comparaciones queda nada de positivo mas que algunas verdades de detalles independientes del fondo y de la forma. (N. ED.)

(7) Me refiero á la Bética, de cuyo país Fenelon hace una pintura tan interesante.

Potosí, sepa que los que ahora le hacen gemir en la lobreguez perecieron tambien esclavos como él en su propio suelo nativo, y tuvieron que sacar de las entrañas de su madre patria oro para contentar la avaricia de unos extranjeros que las olas del mar condujeron á sus playas. Tal vez el indio al saber esa circunstancia adoraria en secreto la Providencia y no le parecería tan tenebrosa la oscuridad subterránea.

Es muy probable que los trastornos de la Grecia ejercieran de algun modo su influencia sobre los desgraciados habitantes de la Iberia. Cartago para pagar los gastos de la guerra de Sicilia debió necesariamente duplicar los sudores de sus esclavos (1). Cada peso duro que el vicio consume en Europa cuesta lágrimas de sangre en los abismos del continente americano. Así es como todos los sucesos tienen íntimo enlace, y esa es la causa de que una revolucion haga sentir, á manera de una descarga eléctrica, su influencia en todas partes.

CAPITULO XXXVIII.

LOS CELTAS.

A este lado de los Pirineos habitaba un pueblo numeroso, conocido con el nombre de Celtas, cuyo poder se extendía sobre la Bretaña, las Galias, y la Germania. Íntimamente unido por sus costumbres é idioma, si hubiera conocido el arte de dar unidad á su gobierno, fácilmente habria podido aspirar al dominio del mundo.

Hay en la pintura de las naciones bárbaras cierto colorido romántico que provoca nuestra aficion. Complácenos el que se nos retraten costumbres distintas de las nuestras, particularmente si traen el sello de grandeza que imprime la antigüedad, á manera del inimitable colorido que los siglos comunican á los muros de piedra. Llenos de un religioso terror aun nos parece que asistimos con los galos de rizada cabellera, de túnica corta y sujeta al cuerpo con el ancho cinturón de cuero, á los terribles misterios de Teutates en el fondo de un bosque de encinas seculares y alrededor de una enorme piedra circular y aislada. Allí cerca está la jóven de ojos de color de cielo, y ademan agreste: una larga túnica ciñe su cuerpo revelando todos sus contornos: sus pies están desnudos: pende graciosamente de sus arqueados hombros, un manto de blanco lino, y su rubia cabellera está sujeta por los pliegues de una ancha venda, cuyas extremidades despues de rodear el seno y pasar por debajo el brazo ondean á lo lejos detrás de ella. En medio de todos los concurrentes, y de pié sobre el *Cromlech*, se ve el druida con la blanca túnica, un cuchillo de oro en la mano, y collar y brazaletes del mismo metal. Pronunciando ciertas palabras mágicas quema algunas hojas del muérdago sagrado, cogido el sexto dia del mes, en tanto que los *eubagos*, ó sacerdotes preparan en un zarzo de mimbres la víctima humana y los bardos pulsando suavemente el arpa cantan á media voz en lontananza á Odin, Thor, Tuiseo y Hela (2).

El gran cuerpo de los celtas se dividía en una multitud de pequeños Estados gobernados por *yarlas*, ó gefes militares. Estaba la parte política y civil de estos Estados encomendada á los Druidas (3). Esta célebre corporacion parece haber existido desde la mas remota antigüedad, y no faltan autores que la consideren como origen de las sectas sacerdotales

(1) La Iberia, las Galias, y hasta la Italia, tuvieron que dar tropas á Cartago para la expedicion contra Siracusa.

(2) Véase acerca de todo este pasaje el libro de Velleda en los Mártires. No comprendo qué relacion podrá tener nada de eso con el escrito de esta obra.

(3) CESAR, *de Bello Gall.*, lib. vi, cap. xiii; TACIT., *de More Germ.*, cap. vii.

de Oriente. (4) Dividiase en tres categorías, á saber, los druidas, depositarios de la sabiduria y autoridad; los *eubagos*, encargados del órden de los sacrificios, y los bardos que con sus cantos enaltecian las acciones de los héroes. Todos estos sacerdotes enseñaban la inmortalidad del alma, (5) la recompensa de las virtudes (6) y el castigo de los vicios (7) y un término fijado por la naturaleza para una felicidad general. (8) Muchos son los pueblos que han creído este último dogma, que se deriva de nuestras miserias. Puede la esperanza hacernos olvidar nuestros males, pero es como una bebida espirituosa que embriagando nos mata.

No es ocasion la presente de extendernos sobre los usos, luces y costumbres de las naciones bárbaras que en otro lugar nos suministraran un capítulo interesante. Siendo posterior al reinado de Jerjes lo que sabemos acerca de ese particular, incurriríamos en un anacronismo si tratáramos de hacer ahora su descripción. Nos limitaremos por lo tanto únicamente á demostrar que las revoluciones de Grecia extendieron su influencia hasta sobre esos pueblos salvajes.

Una colonia procedente de la Fócida, llena de amor á la libertad que no le era dado conservar en las playas del Asia, (9) vino á las Galias buscando la independencia bajo un cielo mas propicio y fundó la antigua Marsella. No tardaron las luces y el idioma de aquellos extranjeros en diseminarse entre los druidas. (10) Imposible es seguir en la oscuridad de la historia las consecuencias de tales innovaciones, pero bien se echa de ver que no pudieron menos de ser considerables, pues sabemos que á veces basta la menor alteracion en las costumbres de un pueblo para desnaturalizarlo.

Si recurrimos á conjeturas, podemos decir que el establecimiento de aquella colonia en las Galias, fue una de las causas secundarias de la esclavitud de estas últimas. Los marsellese, como antiguos y fieles aliados de los romanos, abrieron una puerta á los ejércitos de los Césares facilitándoles una retirada segura en el caso de una derrota. El conocimiento del país, su valor, sus luces, y todo por decirlo de una vez se convertía en daño de los pueblos de la Galia. (11) Así es como los pueblos ejercen entre sí mutua influencia, sin que por eso los cabos de sus destinos dejen de venir á parar en la mano de Dios, y así es tambien como en esa admirable trama no puede un hilo enredarse sin causar confusion en todo lo demás.

Los marsellese, que como acabamos de ver son de distinto origen que los otros pueblos de Francia, tienen tambien diverso carácter. Diríase que aun conservan el tumultuoso espíritu de sus fundadores, su valor impetuoso y del momento, y su entusiasmo por la libertad. Niégase en nuestros tiempos el poder de la sangre, porque no está conforme con los principios dominantes; pero es indudable que las razas de los hombres se perpetúan, así como las de los animales (a).

Este es el motivo porque los antiguos legisladores querian que no se criaran sino los niños fuertes y ro-

(4) LAERT, lib. i.

(5) CÉSAR, *de Bell. Gall.*, cap. xiv.

(6) Los dos *Edda*.

(7) SÆMUNDUS SNORRO, *trad. lat.*

(8) *Id.*, *Ibid.*

(9) Año de Roma 165.

(10) ESTRAB., lib. iv, p. 181. Ese autor dice que los galos aprendieron las letras de los marsellese. Lo cierto es que en tiempo de Julio César usaban aun los primeros de caracteres griegos en sus escritos.

(11) Como en el paso de Anibal á las Galias: Es demasiado sabida la adhesion de la república de Marsella á los romanos, y los diversos servicios que les prestó para entreternos en dar mas detalles.

(a) Si, pero tambien esas razas se empobrecen, se gastan y degeneran como las de los animales. (N. ED.)